
CIENCIA VETERINARIA..

BOLETIN

SE PUBLICA LOS DIAS 1, 10 Y 20

Plaza de Santo Domingo, 13. - Teléfono 22 19 56

NUM. 350

Madrid, 10 de enero de 1952

AÑO XIII

La Veterinaria y la literatura

La propuesta de nuestro compañero señor Villamor creando un premio al trabajo más literario que se publique en veterinaria, merece cumplidamente un divagando alejado de las cuestiones de discusión cotidiana del vivir profesional.

Desde épocas muy remotas se ha comprobado que la ciencia experimental y las letras son compatibles; de fecha muy actual podemos citar a Echegaray, Carracido, Marañón..., que han demostrado este feliz maridaje científicoliterario. No hay, no puede haber replección entre la veterinaria y la literatura: tanto cabe ser literato veterinario como tomar el literato la actividad del veterinario por tema de sus escritos.

En años pasados, el profesor Letard, de la Escuela de Alfort, escribió un librito con el título «Les vétérinaires vus par les litterateurs», París, 1934. En este curioso libro, que hace referencia casi exclusiva a los escritos de novelistas y dramaturgos franceses, se incluye un capítulo muy sugestivo: Los veterinarios, vistos por los literatos veterinarios. En estas citaciones se presentan a nuestros colegas en varios aspectos profesionales.

Por aquellas fechas, otro veterinario francés, con el seudónimo de Paul-Marie Aragón (P. Dedieu, veterinario de Montpellier), publicó el libro «Les vétérinaires devant l'opinion», París, 1937, y con gran amenidad y copiosa lectura, recopila datos curiosísimos de la opinión ajena con referencia a la actuación del veterinario.

Muy interesante, caso quizá único, en

este aspecto es la novela de A. Roothaert «Doctor Vlimmen», publicada hace años en Holanda y traducida al alemán y después al francés; desconozco si hay edición española, sospecho que no. En esta novela, el personaje es un veterinario y representa un estudio completo de la vida profesional de un colega holandés, donde se describen escenas curiosas de clínica buiátrica mezcladas con luchas políticas en la administración de un pequeño burgo.

Un valioso texto, en tono de documental vulgarización, es la obra del profesor portugués F. Fiadeiro «Conceito actual da ciencia veterinaria», Lisboa, 1945; es un tomo de la *Biblioteca Cosmos*, incluido en la serie «Problemas de nuestro tiempo», que indica muy bien la orientación perseguida por el autor y el editor.

Traigo estas referencias como muestra de la inquietud de los veterinarios de recoger ideas y mostrar nuestro patos ante la opinión pública.

Repasando nuestra literatura, son muy escasas las citaciones a nuestra profesión, y menos la presencia de un veterinario como personaje de ficción. Hace muchos años, Vital Aza escribió «La rebotica», donde sale un veterinario y no es personaje que dignifique la profesión; más modernamente, Pío Baroja escribió una comedia—estrenada en teatro de cámara—, «Los amores de Arlequín», que presenta un personaje veterinario y fué honradamente representado por el ilustre ingeniero y poeta Francisco Vighi, a quien un grupo de colegas le investimos de *veterinario honoris causa*, título que él, Vighi, recuerda con frecuencia y con satisfacción.

Agradecería que los compañeros reco-

giesen citas en novelas, obras teatrales, etcétera, donde figuren veterinarios o alusiones al ejercicio de nuestra profesión, por si algún día fuese posible formar una colecta curiosa.

Quiero recoger unos datos encontrados en dos libros, no muy conocidos, aunque son de autores prestigiosos; cito en primer término la obra de José Pla «Viaje en autobús», Barcelona, 1943, que dedica recuerdos a dos veterinarios, uno al de Vidreras (Gerona), parece aludir a don Luis Piferrer, y la alusión es nominal, se refiere a Turró, muy poquita cosa con su zumba de humorismo; en la novela de González Anaya, académico de la Real Española, titulada «El camino invisible», Madrid, 1945, dedica un extenso e irónico capítulo a la vida pintoresca de un veterinario malagueño, que vivió a mediados del pasado siglo: a don José Pascual y Torres, que, según el novelista, fué «pintor, poeta lírico, dramaturgo, liberal y veterinario». González Anaya sólo recoge noticias referentes al poeta y al pintor. ¡Una desdicha! ¡Una irrisión! Hago punto. No he conseguido encontrar, por mucho que busqué, ejemplares de las obras literarias de Pascual y Torres.

Descartado este «caso», cabe preguntar: ¿Los veterinarios españoles han hecho literatura? Poca, muy poca, con-testo.

A fines del siglo XIX, un veterinario madrileño, que figuró algo en política, don Simón Sánchez, escribió, ya en su vejez, «Cartas amorosas», Madrid, 1905, afortunadamente caídas en el más profundo olvido, por otra parte muy merecido.

En este siglo apareció un veterinario literato, Juan Téllez y López, desgracia-

damente fallecido joven, cuando empezaba a «sonar» su nombre; ha dejado varias novelas y muchos cuentos, algunos premiados en concursos públicos. Téllez, de formación cultural biológica, catedrático de fisiología, como novelista había de enrolarse en la escuela naturalista dominante en aquellos años; con esta tendencia supo dar amenidad a sus relatos, escritos en prosa limpia y sugestiva.

Un caso curioso en la literatura española es el de Bravo y Carbonel, que hizo literatura colonial, publicando artículos durante varios años en periódicos y revistas, recogidos después en libros muy leídos; muy largas treguas mentales ponían freno a la exuberante inteligencia de Bravo; por eso produjo poco, aunque empezó joven, ganando un premio por un trabajo histórico de «El Toledano Rojas», Toledo, 1908, libro hoy muy buscado.

Hay una faceta casi desconocida del genial Turró, y es la de poeta; en su juventud publicó un libro con el título «Composiciones literarias», Barcelona, 1878, que contiene versos y prosa; en unos y otra se atisba el filósofo; los títulos de *Meditación* se repiten y abundan. La obra de verdadero prestigio de Turró ha sido sus trabajos sobre filosofía, y algunos de sus libros fueron pu-

blicados en alemán, en francés, antes que en castellano.

Por no incurrir en olvidos y porque son contemporáneos rigurosos, no cito a los veterinarios que viven y escriben literatura; el censo conocido por mí es muy escaso, y sería un gran éxito si el estímulo del premio literario, creado por Hilario Villamor, contribuye a descubrir nuevos valores inéditos o ignorados.

C. SANZ EGAÑA
